

ganza, siendo imposible imponer mayor castigo á una corte sumisa y desarmada.

Faltaba sin embargo disponer del Portugal, caso de que la familia de Braganza emigrase á América. Apoderarse de él la Francia era cosa inadmisibles, aun para ese conquistador que había ya establecido departamentos franceses en el Po y que iba á establecerlos en breve en el Tíber y en el Elba. Más razonable parecía dárselo á un príncipe de la casa de Bonaparte que estaba aún sin corona; pero esto equivalía á adoptar con la Península un arreglo en alguna manera definitivo, y cabalmente Napoleón quería en esta materia mantener cierta duda que no estorbaba cualquier combinación ulterior. Hacía poco que un pensamiento fatal se había apoderado de su cerebro: derribados ya de su trono los Borbones de Nápoles, juzgaba que por fin sería preciso hacer otro tanto con los Borbones de España, que, sin ser bastante decididos para atacarle abiertamente como habían hecho los primeros, no por eso le eran en realidad menos hostiles; que la víspera de la batalla de Jena habían intentado rebelarse; que no dejarían de aprovechar para hacerlo la primera ocasión oportuna; que quizás acabarían por tenderle una celada mortal, y que, aun cuando con intención no le vendían, le vendían de hecho dejando perecer la potencia española, tan necesaria para la Francia como para la misma España, y tan aniquilada en 1807 como si jamás hubiera existido.

Cuando pensaba Napoleón en el peligro de tener sus espaldas descubiertas á los Borbones, peligro para él poco alarmante, pero mucho para los que le sucedieran sin tener su genio, y que encontrarían quizá en los sucesores de Carlos IV cualidades de que ellos careciesen; cuando repasaba en la memoria todas las bajezas, todas las indignidades y perfidias de la corte de Madrid, no precisamente del desgraciado Carlos IV, sino de su criminal esposa y de su innoble favorito; cuando recordaba el estado de aquella potencia, tan grande todavía, con rentas y con marina imponente en tiempo de Carlos III, y ahora sin una escuadra, dejando perecer en la inercia los recursos que en otras manos podían ya haber servido, reunidos con los de la Francia, para sojuzgar á la Inglaterra, llenábase de indignación hacia lo presente y de temor hacia el porvenir; pensaba que era preciso salir de aquel estado y sacar partido de la aquiescencia del continente á sus miras, de la cooperación leal que la Rusia le ofrecía para llevar á cabo su política, de la prolongación inevitable de la guerra á que la Gran Bretaña condenaba á la Europa, y del odio que contra ella acababa de suscitar su conducta con la Dinamarca para acabar de renovar la faz del Occidente; para substituir en él en todas partes los Bonapartes á los Borbones; para regenerar una nación noble y generosa adormecida en el ocio y en la ignorancia; para restituírle su poderío y proporcionar á la Francia una aliada fiel y útil, en vez de una aliada infiel, inútil é indómita. Pensaba finalmente Napoleón que la grandeza del resultado le absolvería de la violencia ó del engaño de que tal vez necesitaría echar mano para derribar á una corte siempre dispuesta á hacerle traición cuando en sus incansables correrías se alejaba del Occidente y pronta siempre á humillarse cuando volvía, dándole cien motivos poderosos y positivos, mas ninguno ostensible, para destruirla.

Estas ideas hubieran sido exactas, justas y hasta realizables, si no hubiera ya comenzado en el Norte más empresas que era posible acabar en varios reinados, si no hubiera tomado ya á su cargo la reconstitución de la Italia, de la Alemania y de la Polonia. Después de la constitución de la Italia, la más urgente y la más útil de todas estas empresas, si no la más fácil, hubiera sido la regeneración de la España. De los cuatrocientos mil soldados veteranos empleados desde el Rhin al Vístula, cien mil hubiesen bastado para este objeto, y seguramente no se les hubiera podido dar mejor destino. Pero agregar á tantas empresas como tenía en el Norte otra empresa nueva en el Mediodía, é intentarla con tropas apenas organizadas, era cosa demasiado grave y peligrosa. No lo creía así Napoleón. Desde el Rhin al Niemen, del Océano al Adriático, de los Alpes Julianos al estrecho de Mesina, del estrecho de Mesina á las riberas del Jordán, no había obstáculo que él no hubiese superado. Inspirábanle profundo desprecio las tropas meridionales, sus oficiales y sus jefes; no hacía mucho mayor caso de las tropas inglesas, y no creía que la España fuese más difícil de domeñar que las Calabrias. No le importaba que fuese más extensa, porque si para las Calabrias le habían bastado treinta mil hombres, para España juzgaba que le bastarían ochenta ó cien mil, sobre todo ofreciendo á la valerosa nación española, en vez de la vergonzosa disolución en que yacía sumida, una regeneración que ella misma pedía á gritos. No era, pues, la dificultad material lo que detenía á Napoleón; era la dificultad moral, era la imposibilidad de hallar á los ojos del mundo un pretexto plausible para tratar á Carlos IV y á su esposa como á la reina Carolina de Nápoles y á su marido. Porque una dinastía como aquella, que al volver de Tilsit le enviaba tres embajadores para tributarle el homenaje de su respeto, que á pesar de venderle secretamente siempre que podía le prestaba sus ejércitos y sus escuadras á la más leve insinuación, no ofrecía para ser destronada motivo ninguno que la opinión pública en Europa pudiera aceptar como especioso siquiera. A pesar de ser Napoleón tan grande y poderoso; á pesar de haber acumulado á los laureles de Montenotte, de Castiglione y de Rívoli, los de las Pirámides, Marengo, Ulm, Austerlitz, Jena y Friedland; á pesar de haber añadido á la gloria del Concordato y del Código civil cien medidas de humanidad y civilización, no le era posible, sin levantar contra sí el mundo entero, decir en alta voz: «Carlos IV es un príncipe imbecil, engañado por su esposa y dominado por un favorito que envilece y arruina á la España; y yo, Napoleón, autorizado por mi genio y por mi providencial destino, le destrono para regenerar esa monarquía.» La humanidad no consiente á ningún hombre, por grande que sea, semejante modo de proceder. Puede algunas veces perdonarlo después de conseguido el triunfo, y entonces ve en aquel acontecimiento el dedo del Omnipotente si de él resulta el bien para las naciones; pero mientras esto no sucede, considera siempre semejantes empresas como un atentado contra la sagrada independencia de los Estados.

No podía, pues, Napoleón destronar á Carlos IV por su imbecilidad ni por su debilidad ni por el libertinaje de su esposa, ni por el abatimiento en que tenía á la España. Necesitaba tener una queja que le autorizase

para invadir los dominios de su vecino y para cambiar en ellos la dinastía reinante. Necesitaba una traición por el estilo de la que se propasó á cometer la reina de Nápoles, cuando después de haber firmado un tratado de neutralidad, acometió al ejército francés por la espalda; ó una matanza como la de Verona cuando la república de Venecia mandó degollar á nuestros heridos y enfermos mientras el ejército francés avanzaba sobre Viena, y Napoleón sólo podía alegar una proclama equívoca, publicada la víspera de la batalla de Jena, apellidando á las armas á la nación española; proclama que ya había afectado considerar como insignificante, aunque iba acompañada de tratos secretos con la Inglaterra, sólo sospechados á la sazón, pero demostrados después, aunque rotundamente negados por la corte de España; y semejante queja no era bastante á justificar la frase romana pronunciada ya contra los Borbones de Nápoles: *Los Borbones de España han acabado de reinar.*

Esperaba sin embargo Napoleón que las divisiones intestinas que escandalizaban al Escorial le suministrarían algún pretexto para intervenir y entrar como libertador y pacificador y aun tal vez como vecino ofendido; pero si bien en cuanto al objeto tenía ya formado un plan general y sistemático, sobre el día y el modo de obrar aún no estaba decidido. Hubiérase quizás contentado con un nuevo vínculo de familia entre las dos cortes, que hubiese hecho esperar una regeneración completa de la España, y con esta regeneración una alianza sincera y útil entre las dos naciones. Por esta razón no quería tomar por lo tocante á Portugal ningún partido definitivo que le atase las manos con la corte de Madrid. Hubiera, por ejemplo, podido, y hubiese sido lo más seguro, dar el Portugal á la España en cambio de las Baleares, de las Filipinas ó de cualquier otra posesión lejana.

Hubiera con esto colmado de júbilo á la nación española satisfaciendo su más inveterada y constante ambición; hubiera agradado á la misma corte echando un velo glorioso sobre sus torpezas; hubiera hecho halagüeña la alianza de la Francia, que hasta entonces siempre había parecido onerosa á los españoles. Pero obrar así hubiera sido premiar la baja, la traición y la incapacidad como la fidelidad más experimentada y provechosa, y esto no podía exigirse de un aliado tan descontento como con justicia era Napoleón. Otro partido podía también tomar, que era apropiarse en cambio de Portugal algunas provincias españolas cercanas á nuestra frontera, ganando un apeadero allende los Pirineos, como lo había hecho allende los Alpes con la posesión del Piemonte: política detestable, buena á lo sumo para el Austria, empeñada siempre en dominar en el recuesto de los Alpes, y cuyo territorio por otra parte, compuesto de conquistas mal trabadas entre sí, carece de una delimitación natural, única que hubiera podido inspirarle afición á tener fronteras bien marcadas. Apoderarse, pues, de las Provincias Vascongadas y de las que atraviesa el Ebro, como Aragón y Cataluña, hubiera sido un error geográfico grosero, un medio seguro de herir en lo íntimo del corazón á los españoles y un modo harto impotente de poner al gobierno bajo la dependencia de Napoleón; porque nada se ganaba con que este gobierno continuase sumiso é incapaz de defenderse, si por pasar bajo la dominación de la Francia el

Aragón ó la Cataluña no iba á adquirir la inteligencia, la actividad y la lealtad que principalmente se echaban de menos en él. Hubiérale hecho más despreciable de lo que era, pero no más fuerte, más entendido y más animoso.

Este modo de disponer del Portugal era el peor y más expuesto de todos. Napoleón lo repugnaba. Sin embargo, también dedicó á él su examen, y hasta en la época de que hablamos mandó pedir á la legación francesa de Madrid una estadística de las Provincias Vascongadas y de las que fertiliza el Ebro en su curso.



Junot

Tenía á su lado un consejero peligroso, no porque careciese de buen seso, sino porque era poco amante de la verdad; era éste Mr. de Talleyrand, el cual, habiendo adivinado las secretas preocupaciones de Napoleón, ejercía sobre él la más perniciosa seducción, cual era la de hablarle continuamente del objeto de sus deseos. No hay para los poderosos aduladores más funestos que los cortesanos desconcepuados que quieren recobrar la gracia perdida. El ministro Fouché, después de haber perdido en 1802 la cartera de la Policía por haber afeado la excelente institución del consulado perpetuo, procuró recobrarla favoreciendo con mil intrigas la funesta institución del imperio. Semejante era el papel que hacía ahora Mr. de Talleyrand; había desagradado profundamente á Napoleón queriendo trocar la cartera de Negocios extranjeros por el empleo de gran dignatario, y quería agradaerle de nuevo lisonjeando con sus consejos su pasión. Mr. de Talleyrand había acompañado á Napoleón á Fontainebleau; entrevió después de los sucesos de Copenhague que iba á anudarse y continuar otra vez la serie interrumpida de los combates; vió á la Francia impeliendo á la Rusia hacia el Norte y el Orien-

te para poderse ella lanzar hacia el Mediodía y el Occidente; vió que la cuestión de Portugal se hacía cada vez más urgente; y si bien no tenía un genio bastante elevado para juzgar qué clase de arreglos convenían más á la Europa, tenía en cambio hartos conocimientos de las pasiones humanas para juzgar que la mente de Napoleón estaba rebosando proyectos, vagos é indeterminados aún, pero completamente fascinadores, acerca de la península. Hecho este descubrimiento, había procurado excitar sus explicaciones sobre este punto, y había visto disiparse de repente la tibieza con que Napoleón le trataba, renacer la conversación y restablecerse, si no la confianza, por lo menos la espontaneidad y el abandono. Aprovechó esta circunstancia, y empezó á recargar el cuadro ya asaz repugnante de la corte de España con nuevas tintas, que por cierto estaban de más para los ojos de Napoleón ya sobradamente ofendidos. Tomando pie en la cuestión de Portugal, opinó que sería una posición de espera muy útil y asequible el bajar hacia el Ebro y establecerse en él en cambio de la cesión de las riberas del Tajo hecha á la España. Napoleón en vez de propender hacia este proyecto prefería otro, pero no por eso dejó de recobrar Mr. de Talleyrand su puesto de confidente después de haber sido recibido por espacio de dos meses con la mayor sequedad. No bien volvía Napoleón de la caza, apenas dejaba la conversación de las damas, se le veía hablando á solas con Mr. de Talleyrand, largamente y con vehemencia, á veces con cierta distracción sombría, sobre un asunto evidentemente grave, que todos ignoraban, que nadie siquiera podía explicarse en medio de la situación próspera, pacífica y poderosa en que había quedado el imperio después de la paz de Tilsit. Paseaba Napoleón las vastas galerías de Fontainebleau proporcionando la lentitud ó la velocidad de sus pasos con la de sus pensamientos, y ponía en tortura al achacoso cortesano, que sólo podía seguirle á fuerza de inmolar su cuerpo, como inmolvaba su alma lisonjeando los más funestos y deplorables ímpetus del genio. Sólo un hombre, privado por la vez primera de la confianza que hasta entonces había gozado, que era el archicanciller Cambaceres, había penetrado en el secreto de aquellos coloquios; pero desgraciadamente no se atrevía á interrumpirlos ni á oponer su asiduidad á la de Mr. de Talleyrand, porque Napoleón con el tiempo, mostrándose con él más imperioso, si no menos amigo, se había hecho menos accesible á los consejos de su tímida prudencia. Bastó que se le escaparan al archicanciller Cambaceres unas cuantas palabras, para que se hiciese manifiesta la oposición de este perspicaz estadista á toda nueva empresa, particularmente á toda intervención en los enmarañados negocios de la Península, donde gobiernos corrompidos reinaban sobre pueblos medio salvajes (1), y donde forzo-

(1) Estas inexactitudes de lenguaje, por no calificadas de otro modo, son muy frecuentes en Mr. Thiers, quien á pesar de sus arranques, suele en otras ocasiones adular bastante al pueblo español para que no se ofenda de los improperios que descarga sobre su gobierno. Un pueblo como el español que por espacio de tantos siglos había sido uno de los más adelantados de Europa en la industria y en el comercio, en las ciencias y en las artes, en la administración y en la milicia, y que no contento con producir ilustres sabios y grandes capitanes desde las edades más remotas, había llevado en los siglos XV y XVI la civilización del cristianismo á las vastas regiones del Nuevo Mundo, mal podía ser en tiempo de Carlos IV un pueblo medio salvaje. Podría si se quiere ser un pue-

samente habían de suscitarse centuplicados los mismos obstáculos que había encontrado José en las Calabrias. Napoleón, pues, había penetrado perfectamente la opinión del príncipe Cambaceres, y temeroso de la reprobación de un hombre juicioso el que no temía al mundo entero, le demostraba la misma amistad que siempre, pero no ya la misma confianza (2).

Acababa de presentarse en Fontainebleau otro personaje de obscura procedencia, á quien rara vez se dispensaba el honor de figurar en presencia de Napoleón, pero tan astuto y diestro como el primer agente secreto de aquellos tiempos; era éste D. Eugenio Izquierdo, confidente del príncipe de la Paz, enviado á París, como dejamos dicho, para tratar formalmente los negocios que el príncipe de Masserano y el duque de Frías sólo trataban en apariencia. No sólo tenía á su cargo los intereses de España sino también los personales del príncipe de la Paz, á quien estaba íntimamente adherido, recibiendo como prueba de distinción y aprecio las más importantes comisiones. Desempeñaba Izquierdo lo mejor que podía los asuntos de su país y los de D. Manuel Godoy, porque, aunque devoto de este último, era á no dudarlo buen español. Dotado de una sagacidad rara, había entrevisto que la España se acercaba á una crisis, porque por un lado Napoleón estaba cada día más descontento de una aliada tan inepta y pérfida, y por otro después de haber recorrido todas las cuestiones europeas, naturalmente había de fijarse en la de la Península, poniendo su mano en los negocios del Mediodía, una vez terminados, en apariencia por lo menos, los del Norte. Por lo tanto, este agente sutil é insinuante ponía en juego todos sus recursos para saber lo que ocurría en los consejos del emperador. Había logrado un medio para descubrirlo haciendo conocimiento con el aposentador mayor de palacio, Duroc, el cual estaba casado con una señora española, hija de D. José Hervás, encargado en otro tiempo de los negocios de hacienda de la corte de Madrid y ahora marqués de Almenara con carácter de embajador en Constantinopla. Cultivaba Izquierdo estas útiles relaciones y procuraba sin hacerse sospechoso á la rectitud y discreción del aposentador mayor, ya descubrir los planes de Napoleón, ya transmitirle algunas palabras provechosas. Con motivo de los asuntos de Portugal, no dejó de hacerse ver más á menudo en Fontainebleau para tratar de conseguir el resultado más ventajoso que fuera posible para España y para su protector (3).

blo corrompido, degenerado, abatido (aunque los franceses debieron aprender á su costa que estaba lejos de haber perdido su propia dignidad, su honor y su fe); pero la calificación de pueblo *medio salvaje* sólo es aplicable á naciones recién salidas de la barbarie primitiva, pues de lo contrario con más razón podríamos los españoles de hoy llamar *salvajes por entero* á los franceses de la revolución de 1848, de quienes con justa razón puede avergonzarse toda la familia europea. (N. del T.)

(2) Me refiero al aserto del mismo príncipe Cambaceres, confirmado por el de varios testigos presenciales, unos antiguos ministros de Napoleón, otros personajes de su corte, y por una numerosa correspondencia. (N. del A.)

(3) El motivo de hacerse lugar Izquierdo en la corte de Fontainebleau fué que, creciendo los apuros del gobierno francés para hacer frente á los inmensos gastos que ocasionaban los preparativos de guerra en 1803, lleno de satisfacción con la indicación que se le hizo de que el príncipe de la Paz sería muy particularmente atendido por Napoleón si le acudía con socorros pecuniarios, se apresuró á poner á disposición de éste veinticuatro millones de

La corte de Madrid, aunque enfervorizada en sus deseos con la idea de una operación en Portugal, no por eso dejaba de mirar con cierta pesadumbre la huida de la casa de Braganza al Brasil, porque sus colonias de América le infundían graves temores desde que los Estados Unidos habían sacudido el yugo de la Inglaterra. Temía que el establecimiento de un Estado europeo é independiente en el Brasil ocasionase una nueva conmoción que impeliese á Méjico, al Perú y á las provincias de la Plata á constituirse igualmente en Estados libres, y en los momentos en que la previsión hablaba en ella más alto que la codicia, hubiera preferido ver á los de Braganza permanecer en Lisboa, á ver surgir en su favor con su partida las probabilidades de posesionarse del Portugal. Sin embargo, no era probable que los de Braganza salvados ya una vez en 1802 por la España, perdiendo ésta la isla de la Trinidad, pudieran segunda vez salvarse en 1807. Había, pues, que resignarse á que de grado ó por fuerza emigrasen al Brasil. En semejante situación, lo mejor que podía hacer la corte de Madrid era tratar de conseguir el Portugal. Pero ella bien conocía lo poco acreedora que era á tamaña recompensa; sospechaba que tendría que comprarlo con algún sacrificio de monta y aun quizá consentir que se dividiese; y por si llegaba este caso, se confiaba á Izquierdo la misión secundaria de conseguir para su protector el príncipe de la Paz una de las provincias de Portugal, porque viendo éste armarse contra él, así en la corte como en la masa de la nación, una formidable tormenta, quería no caer en la nada desde la cima de la grandeza, sino en un principado independiente y sólidamente garantido. La reina deseaba con ardor para su favorito este espléndido refugio. El buen Carlos IV lo creía de buena fe debido á los servicios del hombre que suponía le ayudaba hacia veinte años á llevar el peso de la corona. Así Izquierdo tenía, tanto para sus soberanos como del príncipe de la Paz, el encargo expreso de procurar este resultado, en caso de no adjudicarse íntegro el Portugal á la España. Había además otra ambición que contentar en caso de repartirse el Portugal, y era la reina de Etruria, hija predilecta de los reyes de España, viuda del príncipe de Parma, madre de un rey de cinco años y regente del reino de Etruria, instituido en los últimos años por el primer cónsul. Sospechábase con harta fundamentación que Napoleón no permitiría que tuviesen el Austria ni la España posesiones en Italia, y con este temor se solicitaba una parte del Portugal para la reina de Etruria. El Portugal, dividido entonces en dos principados feudatarios de la corona de España, hubiera llegado á ser realmente una provincia española. Además la corte de Madrid abrigaba en su abyección indolente el deseo ambicioso de alcanzar un título que paliase sus presentes torpezas y miserias, queriendo que Carlos IV se titulase REY DE ESPAÑA Y EMPERADOR DE LAS AMÉRICAS. De este modo todos en aquella corte envilecida hubieran quedado satisfechos: el favorito con un principado donde poner á cubierto su estragada vida; la reina con el placer de dejar bien acomodados á su privado y á su hija predilecta; el rey, por fin, co-

francos de la Caja de Consolidación de Madrid, sin estar para ello autorizado. Un hombre que había hecho semejante fineza á la Francia era muy digno de que le tratase bien Mr. Thiers.

(N. del T.)

mo cazando al vuelo un título para distraer su imbecil vanidad.

Tales eran las ideas que Izquierdo debía hacer aceptar en Fontainebleau. Entre todos los proyectos posibles, cabalmente el último era el menos distante de las miras de Napoleón. No quería al principio, según se queda dicho, ningún arreglo con carácter de definitivo. Tampoco se proponía regalar el Portugal á la corte de Madrid, porque ni lo merecía, ni quería enaltecerla á los ojos de los españoles. Había renunciado al pensamiento, preconizado por Mr. de Talleyrand, de tomar pie al otro lado de los Pirineos posesionándose de las provincias del Ebro. Debía por lo tanto preferir, salvas las modificaciones convenientes, el proyecto de desmembración presentado por Izquierdo, único que reunía por el pronto las ventajas á que aspiraba; porque el primer deseo de Napoleón era purgar la Italia de príncipes extranjeros, y expulsar de allí después de los austriacos á los españoles, no por peligrosos, sino por molestos. Se había, pues, adivinado su verdadera intención, dado caso de que tratase de recobrar la Etruria por medio de un cambio con una parte de Portugal. Además, aunque despreciaba altamente al favorito que envilecía y perdía á la España, quería tenerlo todavía algún tiempo á su devoción para disponer de él en las varias eventualidades que preveía ó que se proponía originar. Con todo, le parecía excesivo dar á la reina de Etruria la mitad del Portugal en cambio de la Toscana, y al privado la otra mitad en pago de su adhesión, y así, sin tomarse el trabajo de persuadir á quienes le bastaba dictar sus mandatos, hizo escribir á Mr. de Champigny en la mañana del 23 de octubre una nota que contenía su resolución definitiva (1). Por ella concedía á la reina de Etruria para su hijo un Estado de ochocientos mil almas de población, situado en el Duero, con Oporto por capital, que debería titularse reino de LUSITANIA SEPTENTRIONAL. Al otro extremo de Portugal, en la parte meridional, concedía al príncipe de la Paz otro Estado de cuatrocientas mil almas de población, compuesto de los Algarves y del Alentejo, con el título de PRINCIPADO DE LOS ALGARVES. Estos dos pequeños Estados reunidos venían á tener una población equivalente á la de la Toscana, valuada en un millón doscientas mil almas. No estaba Napoleón demasiado satisfecho de la España para darle más de lo que le quitaba. Reservábase el centro de Portugal, esto es, Lisboa, el Tajo y el Duero superior, que llevaban los nombres de *Extremadura portuguesa*, *Beyra* y *Tras os montes*, y que comprendían una población de dos millones de habitantes, para disponer de él al hacerse las paces. Convenía infinito este arreglo provisional, porque lo dejaba todo en suspenso, y además quedaba expedito el medio de recobrar más adelante las colonias españolas, restituyendo aquellas dos terceras partes del Portugal á la casa de Braganza, ó de hacer con la familia reinante en España cualquier repartición de territorio, caso de decidirse que siguiera reinando después de granjársela con vínculos de parentesco. De todas maneras, se convino en que los nuevos principados portugueses se constituyesen como feudata-

(1) Deduzco esta relación de aquella misma nota y de las instrucciones originales enviadas de Madrid á Izquierdo, documentos que se conservan en el Louvre con los papeles de Napoleón.

(N. del A.)

rios de la corona de España, y que el pobre Carlos IV se apellidase según su deseo REY DE ESPAÑA Y EMPERADOR DE LAS AMÉRICAS, llevando como Napoleón el doble título de MAJESTAD IMPERIAL Y REAL.

Además de estas condiciones, exigió Napoleón que la España auxiliase á las tropas francesas con una división de diez mil españoles para invadir la provincia de Oporto, otra de diez á once mil para cooperar al movimiento de los franceses sobre Lisboa, y otra de seis mil para ocupar los Algarves. Sobrentendíase que el general Junot mandaría las tropas francesas y aliadas, á no ser que el príncipe de la Paz ó el mismo Carlos IV en persona se pusiesen al frente del ejército; pero éstos habían prometido no hacerlo, porque Napoleón jamás hubiera confiado á semejantes generales la suerte de un solo soldado. Disponiendo así del Portugal, Napoleón recobraba inmediatamente la Etruria, lo cual le urgía para sus arreglos en Italia, ponía un cebo grosero á la ambición del príncipe de la Paz, aplazaba toda resolución con respecto á la Península, y además no decidía de una manera definitiva la cuestión del establecimiento de los de Braganza en América.

El tratado que comprendía esta repartición provisional del Portugal se redactó según la nota dictada por Napoleón á Mr. de Champagny, y lo firmaron Izquierdo en nombre de España y el aposentador mayor Duroc en nombre de la Francia. Verificóse esto en el mismo Fontainebleau el día 27 de octubre, y obtuvo con el título de TRATADO DE FONTAINEBLEAU una triste celebridad, como preludio de la desastrosa invasión de la Península.

No bien se firmó, se despacharon órdenes al general Junot, cuyas tropas habiendo penetrado desde el día 17 en España se hallaban ya en Salamanca, para que bajase hacia el Tajo por Alcántara, y siguiese su orilla derecha, mientras seguía la orilla izquierda el general Solano, marqués del Socorro, con diez mil españoles. Encargósele particularmente que enviase á París á cuantos emisarios portugueses le salieran al encuentro, diciéndoles que no estaba autorizado para tratar, que sus instrucciones se limitaban á marchar sobre Lisboa, como amigo si no se le hacía resistencia y como conquistador si se le oponía el menor embarazo.

Consiguió Mr. de Talleyrand, sólo con prestarse á las confidencias de Napoleón acerca de la España, lo que principalmente deseaba, que era cierta supremacía en el departamento de los Negocios extranjeros. Irritado en un principio Napoleón al verle abandonar aquella cartera por la dignidad puramente honorífica de vicegran-elector, habíale amenazado con que no volvería á tener parte alguna en la diplomacia del imperio; pero vencido por la astucia de Mr. de Talleyrand, decretó ahora que el vicegran-elector substituyese en sus funciones, no sólo al mismo gran elector, que se hallaba ausente reinando en Nápoles, sino también al archicanciller de Estado, ausente asimismo por estar reinando en Milán. Se recordará que la atribución especial del archicanciller de Estado era la presentación de los embajadores y la custodia de los tratados, en una palabra, la parte honorífica de la diplomacia imperial; de modo que juntando Mr. de Talleyrand al papel de mero aparato que se le confería en virtud de decreto el papel formal y positivo que debía á la confianza del empera-

dor, venía á ser á un mismo tiempo dignatario y ministro, que era lo que siempre había ambicionado y lo que cabalmente no quería otorgar jamás Napoleón. Así se lo hizo observar el archicanciller Cambaceres, causándole cierto embarazo, por lo que Napoleón le ofreció que no firmaría el decreto; pero Cambaceres casualmente iba á partir á Montpellier, su ciudad natal, que no había vuelto á ver hacía mucho tiempo, y apenas lo verificó, el decreto tan deseado de Talleyrand fué firmado y publicado como acto oficial (1). De modo que en aquel momento decisivo y funesto el prudente se desviaba y el lisonjero permanecía; más peligroso él para Napoleón que otro alguno, porque la lisonja en Mr. de Talleyrand revestía todas las formas de la cordura.

Proyectaba Napoleón partir á Italia inmediatamente después de haber recibido á Mr. de Tolstoy, porque desde el año 1805 no había vuelto á aquel país tan predilecto suyo. Quería proporcionarle el beneficio de su presencia animadora, abrazar á su hijo adoptivo Eugenio de Beauharnais y á su hermano mayor José y hablar con el mismo Luciano, á quien esperaba atraer nuevamente al seno de la familia imperial y colocar quizá en un trono. Pero en el momento de partir, le detuvieron las noticias recibidas de Madrid y le obligaron á suspender su viaje (2).

Estas noticias, que desde algún tiempo atrás habían empezado á tomar cierto carácter de gravedad, eran de una naturaleza extraña é inesperada. Anunciábase, pues, que el mismo día 27 de octubre, en que se había firmado en Francia el tratado de Fontainebleau, el príncipe de Asturias había sido arrestado en el Escorial y constituido preso en su propio cuarto; que se habían recogido sus papeles, en los que se habían encontrado las pruebas de una conjuración contra el trono, y que se le iba á procesar criminalmente. Inmediatamente después recibió Napoleón una carta firmada por el mismo Carlos IV y fechada el día 29, participándole que su hijo primogénito, seducido por algunos malvados, había concebido el criminal proyecto de atentar á la vida de su madre la reina y á la corona de su padre. Añadía el desgraciado rey que semejante atentado debía recibir un ejemplar castigo, para lo cual se estaban haciendo diligencias para descubrir á los instigadores; y que no pudiendo ser admitido á reinar el príncipe autor ó cómplice de tan abominables proyectos, uno de sus hermanos, más digno de la suprema jerarquía, le substituiría, así en el afecto paternal como en el trono.

Procesar criminalmente al heredero de la corona y alterar el orden de sucesión al trono, eran resoluciones de inmensa gravedad que no podían menos de producir fuertes sensaciones en Napoleón, ya harto preocupado con los negocios de España y que le obligaban á renunciar á todo proyecto de viaje. El llamamiento que se ha-

(1) Parecerá singular, y merece llamar la atención, que el archicanciller Cambaceres cuente en sus preciosas Memorias manuscritas que Napoleón siguió su consejo, quedándose Mr. de Talleyrand sin lo que tanto deseaba; pero es un error de aquel grave personaje, porque la correspondencia de Napoleón y el *Monitor* (núm. 311 de 1807, fecha 7 de noviembre) prueban que efectivamente se firmó el decreto. Es posible que para evitar una explicación embarazosa se lo ocultase Napoleón al archicanciller, el cual habría creído siempre que no había tal decreto. (N. del A.)

(2) La correspondencia de Napoleón prueba este hecho del modo más auténtico. (N. del A.)

cía á su amistad y aun á sus consejos, al anunciarle aquel infortunio doméstico, infortunio espantoso si era cierto y hasta deshonoroso si no era más que una calumnia forjada por una madre desnaturalizada y creída por un padre imbécil, le obligaba á inquirir escrupulosamente los hechos y aun casi á intervenir para dominar sus resultados. Recibió además algunos días antes cartas del príncipe de Asturias implorando su protección contra sus implacables enemigos y solicitando merecer ser, no ya solamente su protegido, sino también deudo suyo, é hijo adoptivo por la mano de una princesa de su familia (1); con lo que los malhadados Borbones, padre é hijo, provocaban por sí mismos y casi forzaban á mezclarse en sus asuntos al formidable conquistador, harto disgustado ya de su incapacidad y harto dispuesto á precipitarlos de un trono donde eran, además de inútiles, peligrosos para la causa común de Francia y España.

Para comprender bien estas singulares circunstancias, es preciso volver atrás y examinar lo que estaba pasando hacía un año en la corte de España. Dejamos ya trazado el cuadro de aquella corte degenerada, supeditada por un favorito insolente que había conseguido usurpar en cierto modo la autoridad real, merced á la pasión que veinte años atrás había inspirado á una reina falta de pudor. Parecía ser la España el punto de Europa predestinado para ofrecer al mundo con sus más repugnantes formas el espectáculo de la corrupción á que puede llegar una corte. Guarecida por los Pirineos, rodeada de tres mares, casi sin comunicación con la Europa, defendida por sus ejércitos y sus preocupaciones, en medio de una opulencia heredada que tenía su origen en las minas del Nuevo Mundo y fomentaba la pereza de la nación y la de sus príncipes, bajo un clima ardiente que estimula los sentidos más que la inteligencia, podía en efecto adormecerse bien una corte envejecida y vegetar enervada y degenerada entre un clero intolerante con la herejía y tolerante con el vicio, y una nación avezada á considerar al trono, á pesar de sus excesos, tan sagrado como la misma Divinidad. A fines del último siglo, entre un príncipe sesudo, ilustrado y laborioso y un ministro digno de él, entre Carlos III y Floridablanca, habían intentado contener la decadencia general, y sólo habían conseguido suspender momentáneamente el triste curso de las cosas. En el siguiente reinado la España había descendido al último grado de abatimiento, á pesar de que las grandes facultades de la nación sólo estaban entorpecidas. El rey Carlos IV, recto siempre y bien intencionado, pero incapaz de atender á otra ocupación más que la caza, y considerando como un beneficio del cielo que hubiese cualquiera que se encargase de reinar por él; su esposa, siempre disoluta, como una emperatriz romana del Bajo Imperio, siempre sometida al antiguo guardia de corps, transformado en príncipe de la Paz, reservándole su corazón al paso que prodigaba su persona con los amantes vulgares que él mismo escogía; el príncipe de la Paz, siem-

(1) La conocidísima carta en que Fernando pedía á Napoleón su protección y la mano de una princesa de su familia lleva la fecha de 11 de octubre; pero por causas que más adelante referiremos sólo fué incluido en un despacho de Mr. de Beauharnais el día 20; salió de Madrid el mismo día 20, ó el 21, y no llegó á París hasta el día 28 y á Fontainebleau quizá hasta el día 29. Los correos de Madrid tardaban en aquella época de siete á ocho días para llegar á París. (N. del A.)

pre vano, inconsecuente, perezoso, ignorante, taimado y cobarde, en quien sólo faltaba un vicio, que era la crueldad, dominando siempre á su soberano y tomándose el trabajo de pensar por él todas las caprichosas y tardías resoluciones que bastaban para hacer marchar un gobierno envilecido; el rey, pues, la reina y el príncipe de la Paz habían conducido á la España á un estado difícil de describir. Ya no había hacienda ni marina ni ejército ni política ni autoridad sobre unas colonias prontas á insurreccionarse, ni respeto de parte de una nación indignada, ni relaciones con Europa, la cual menospreciaba á una corte páfida y sin voluntad; ni siquiera había ya apoyo en la Francia, porque Napoleón en su desprecio había llegado á creer que todo le era permitido con una potencia que había caído en tanta abyección. Tal era España en octubre de 1807 (2).

(2) Ha pintado Mr. Thiers la corte de España en 1807 con pocas y vigorosas pinceladas; pero la ha pintado á su modo, cargando bien de tinta negra á la reina y al príncipe de la Paz, al clero y á la administración, adulando un poco á Carlos IV, exagerando lo defectuoso y callando lo bueno, pintando un cuadro histórico con el estilo y el toque propios de un cuadro de género, más para producir efecto como artista, que para cumplir con el severo cargo de historiador fiel y verídico. Sorprende que se abandone á semejante estilo pintoresco y ligero, propio solamente de la novela, quien por lo general sabe sostener con tanta sobriedad la entonación noble y digna de Clio. Ha sido Mr. Thiers muy á menudo en esta historia injusto y poco imparcial con la Inglaterra, y sin embargo de haber desfigurado varios hechos de la historia moderna de aquella gran nación, su antipatía no le ha hecho descender en el estilo; ha pintado al célebre Pitt como un personaje de más reputación que mérito positivo, y lo ha hecho con palabras dignas; ha sido preocupado é injusto con la Prusia, con Federico Guillermo, con su noble esposa, con el ejército prusiano, con la diplomacia de aquella corte, y sus términos han sido igualmente comedidos; pero llega á la España y pierde el autor toda elevación, todo comedimiento; moteja, insulta, calumnia, atropella, y lleva su ciego encono hasta el punto de calificar de rebelde, páfida y traidora á nuestra corte, sólo porque, en medio de sus desaciertos, se muestra recelosa de su independencia y se opone como puede á la más escandalosa usurpación.

Si hubiéramos de seguir paso á paso la refutación de Mr. Thiers, tendríamos que interrumpir continuamente sus narraciones llamando la atención del lector hacia nuestras notas; por lo cual hemos creído preferible dejar el correctivo para los puntos más esenciales, despreciando las inexactitudes ú ofensas que contienen los menos importantes. Este plan seguiremos para no recargar la obra de anotaciones.

Declinamos sobre Mr. Thiers toda la responsabilidad anexa á las ofensas de que está salpicada la narración de los asuntos de España; respetamos demasiado la moral y el decoro público para no haberlas suprimido ó atenuado si esta corrección hubiera sido compatible con los deberes de traductor; pero ya que no nos ha sido dado ocultar el impropio, nos apresuramos á condenarlo, y á declarar abiertamente que estamos muy lejos de hallarnos conformes con el sistema que sigue Mr. Thiers con los personajes á quienes censura. El historiador no debe nunca descender á aquellos secretos de la vida privada cuya revelación sólo incumbe al biógrafo; mucho menos para tratarlos con desvergüenza y con ofensa del pudor (como lo hace Mr. Thiers siempre que se trata de la corte de España), afectando en ciertos por menores una prociadidad y una crudeza que la sana moral ni aun el biógrafo consiente. De los personajes como los citados sólo pertenece á la historia la fisonomía exterior; que la interior y privada sólo debe serle conocida por aquellos reflejos inevitables que producen las costumbres en los actos públicos. ¿No bastaba señalar la *privanza* ó el *favoritismo* como causa del poder omnímodo de que disfrutaba en España el príncipe de la Paz? ¿Era necesario por ventura investigar también entre los anales de la maledicencia y del pecado la causa de aquella *privanza*? No contento con esto, acumula Mr. Thiers sobre la cabeza del príncipe de la Paz, sin justificación ninguna y faltando á los miramientos que en todo tiempo se tributaron á las